

I

Hace unos cuantos años, Tom Powers –editor americano que es además historiador y escritor– tuvo la amabilidad de decirme que debería escribir un libro sobre mis cincuenta años en la edición. Y añadió: «No dejes de hablar de cifras, de todas las cifras. Eso es lo que todo el mundo quiere conocer». Con estas bienintencionadas palabras, por poco me dejó sin libro antes incluso de empezar.

A resultas en parte de un condicionante –como he de aclarar–, pero también, no me cabe duda, a resultas de cierta manía, si no es un vicio, no tengo memoria para los números. Cuando recuerdo las distintas casas en las que he vivido en Londres veo bien el color de la puerta, el modo en que se habían desgastado los peldaños de acceso, el tipo de barandillas que guardaban la entrada, pero no recuerdo ni uno solo de los números. Tengo el mismo número de cuenta corriente desde hace años, pero aún he de consultar el talonario cada vez que necesito dárselo a alguien. Cuando tenía que indicar a uno de mis autores cuántos ejemplares de su libro íbamos a imprimir, podía decírselo siempre y cuando tuviese a mano toda la información; si me lo preguntasen al cabo de tres meses, imposible saber si eran tres mil o cinco mil. Las únicas cifras de carácter editorial que aún recuerdo con toda claridad son las vergonzantes veinticinco libras que pagamos a Jean Rhys por la opción de ver su novela, *Ancho mar de los Sargazos*, y otra sin duda impresionante (en aquel entonces): las 30.000 libras

que nos pagaron por los derechos de publicación por entregas de las memorias de Franz von Papen.

Claro que, seguramente, podría indagar todo lo relativo a las cifras e informarme debidamente.

Pues no. Imposible.

Tom Rosenthal adquirió en 1985 la titularidad de André Deutsch Limited, la empresa en la que fui directora de departamento desde su fundación, cuarenta años antes. Al poco tiempo, Tom vendió la totalidad del archivo a la Universidad de Tulsa, en Oklahoma, y yo no dispongo ni del dinero ni de la energía que se precisan para ir a Tulsa y sumergirme bajo esa montaña de papeles. Y confieso que me siento agradecida por estas carencias, porque hay buenos investigadores que disfrutan llevando a cabo esa clase de indagaciones, cosa que a mí jamás me ha pasado, y a estas alturas no creo que vaya a desarrollar el instinto que se precisa, puesto que ya paso de los ochenta. Así las cosas, lamento que éste no sea un libro útil, como hubiera interesado a Tom Powers, a pesar de lo cual es lo que hay.

¿Por qué me dispongo a escribirlo? No porque desee escribir una historia de la edición en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XX, sino porque ya no me queda mucho tiempo por vivir, y cuando yo me haya ido todas las experiencias que aún almaceno en la cabeza se habrán borrado con una sola trazada de la gran goma de borrar, y hay en mi interior algo que grita y dice: «¡Oh, no! ¡Que al menos se salve algo!». Yo diría que es más un temblor instintivo que una intención racional, aunque no por ello se me antoja menos persuasivo. Mediante una convención establecida desde hace mucho tiempo entre editores e impresores, el editor que desea rescatar un pasaje suprimido pone una línea de puntos bajo el texto que pretende restituir y escribe en el margen «Stet» (que permanezca). Este libro responde a un intento de restituir mediante un gran «STET» enmarcado en un círculo al margen, al menos parte de mi experiencia en su forma original (en la que por desgracia brillan las cifras por su ausencia). Hay otras personas que de manera excelente han dado cuenta de nuestro oficio (hay que destacar a Jeremy Lewis en *Kindred Spirits [Espíritus afines]*, que no

sólo es una delicia de libro, sino que también contiene todo lo que ha ocurrido en el mundo de la edición y los porqués). Este libro tan sólo es la historia de una ex editora que imagina que se sentirá menos muerta si unas cuantas personas lo leen, nada más.

La historia comenzó cuando mi padre me dijo: «Tendrás que ganarte la vida». Es algo que me dijo en varias ocasiones cuando yo era niña (empecé a serlo en 1917), y por su manera de decírmelo se sobreentendía que eso de ganarse la vida no era del todo lo natural. No recuerdo que me contrariase la idea, aunque sí me alarmó un tanto. Y fue porque mi bisabuelo materno, un médico de Yorkshire que procedía de una familia hacendada, ganó el dinero, o acaso lo obtuvo por su matrimonio, para comprar una hermosa casa en Norfolk, con cuatrocientas hectáreas de terreno, que a los de nuestra generación nos parecía «nuestra» desde tiempo inmemorial. Gracias sobre todo a esta propiedad, era mi familia materna la familia a la que tenía la sensación de pertenecer. Mi familia paterna no ganó dinero, sino que lo perdió, con lo que no tenía tierras en las que pudiéramos nosotros sentirnos enraizados. Se fueron de Norfolk a la isla de Antigua en el siglo XVII, y allí les fueron bien las cosas con las plantaciones de azúcar, aunque poco a poco su actividad financiera fue viniendo a menos, por lo que ya en mi época eran varias las generaciones de varones de la familia Athill que dieron en su día por sentada su necesidad de ganarse la vida. Pero incluso por esta rama de la familia, más realista y pragmática, la mía fue la primera generación en la que esta obligación se aplicó asimismo a las hijas. Las mujeres, como es natural, no tenían que ganarse la vida en caso de contraer matrimonio, pero (y esto jamás se decía) al tener que depender del amor sin la ayuda de una buena dote, el matrimonio ya no era algo de lo que pudiera una depender con absoluta confianza.

Hasta hace poco tiempo, cuando ya en la vejez comencé a meditar sobre mi trayectoria en el mundo de la edición, no se me ocurrió que mi trasfondo familiar fue determinante en la naturaleza de mi elección profesional.

En 1952, tras cinco años de trabajo con André Deutsch en su primera editorial, que se llamaba Allan Wingate, fui con él una

de las directoras fundadoras de su segunda empresa, a la que dio su nombre. Por consiguiente, puedo decir que durante casi cincuenta años he sido editora, aunque lo cierto es que no lo fui, y que fue mi trasfondo familiar la causa que lo impidió.

Si bien durante toda la vida he estado más cerca de ser pobre que de ser rica, he heredado uno de los síntomas con que se manifiesta la riqueza: tengo una marcada propensión a la pereza. En mi interior ronda adormecido un ser no del todo regenerado, convencido de que el dinero tendría que llover del cielo. Si no es así, mala cosa: como hacen los labriegos cuando aprieta la sequía, hay que apañárselas para ir tirando, pues de lo contrario una se va al garete, lo cual sería desagradable, aunque no tanto como malograr sus días rompiéndose la cabeza de tanto pensar en el dinero. Como es natural, siempre supe que era preciso romperse la cabeza pensando en el dinero, y hasta cierto punto lo hice, pero sólo en la mínima medida posible. Esto significa que aun cuando nunca he llegado al extremo de no elegir ninguna de las opciones, siempre me ha resultado poco menos que imposible hacer una cosa que no quisiera hacer. Desconozco si era «no puedo» o «no quiero», pero más bien me parecía lo primero, y entre las cosas que nunca he podido hacer se encuentran muchas de las que un editor tiene que hacer.

Una editorial es una empresa compleja en la que es necesario comprar, vender y fabricar un producto, o lograr que se fabrique. Lo que se compra y se vende es la imaginación de los demás, los materiales con que se hacen los libros, así como una serie de derechos legales. Lo que se fabrica nunca es igual de un libro a otro. Así pues, un editor ha de ser capaz de comprender y controlar una compleja estructura financiera y técnica; ha de ser hábil en las negociaciones y solvente en los tratos que cierre, además de ser ágil en el toma y daca; ha de tener un fino instinto para saber cuándo aflojar la mano y cuándo apretar hasta el último penique; ha de ser eficaz en la administración de una oficina llena de gente; sobre todo, ha de ser capaz de vender sus artículos en todas sus formas posibles. En contra de todo esto, lo único que he sido capaz de hacer con el dinero a lo largo de mi vida es gastarlo; detesto las responsabilidades y el tener que decir a otros qué han

de hacer; por si fuera poco, me siento incapaz de venderle nada a nadie. Como tonta no soy, ya en su día me di cuenta de cuáles eran los aspectos importantes de mi oficio, todos aquellos que, para colmo, no podía ni quería tratar de dominar, e incluso llegué a conocerlos con cierto detalle. Pero aunque me sintiera culpable de mi propia incapacidad, la única parte del oficio que conseguí que de veras me importase fue la elección y la edición de los títulos que se publicasen. Ésta es sin duda una parte importante del proceso editorial, aunque sin todas las demás vendría a ser prácticamente nada.

Así pues, no fui editora en el pleno sentido del término, sino que fui lo que llamamos editora de mesa.

También en este segmento del oficio, que he disfrutado en su totalidad y al máximo, me traiciona mi temperamento de mera aficionada al trazar la línea de lo intolerable cuando se trataba de trabajar fuera del despacho. El desayuno de trabajo y eso de llevarse el trabajo a casa los fines de semana, dos actividades que para muchos son prueba indiscutible de la dedicación constante que requiere el oficio –dos actividades en las que se deleitaba un editor de pura raza como André Deutsch–, para mí eran una abominación. Siempre ha sido infrecuente que una persona de mi esfera profesional tuviera acceso a mi vida privada; en general, mi lugar de trabajo y mi domicilio han estado muy lejos, y mi domicilio siempre ha sido más importante que mi despacho. Y así como me daban vergüenza mis limitaciones en el despacho, nunca me dio vergüenza el tener en más alta estima mi vida privada que mi trabajo. A mi entender, es lo que debiera hacer todo hijo de vecino.

A pesar de todo ello, ser editora es una actividad que ha ensanchado y ha aumentado mi vida de una manera por la cual me siento muy agradecida. Me ha procurado una ocupación diaria que a su vez me ha valido el dinero suficiente para vivir, y que casi siempre ha sido motivo de disfrute, además de que me ha demostrado continuamente la verdad de ese tópico sobre la edición en general: se conoce a personas muy interesantes. La primera parte de este libro trata sobre la ocupación diaria. La segunda versa sobre algunas de esas personas.